

TRABAJADORES Y PROCESOS DE POLITIZACIÓN Y REBELIÓN

WORKERS AND PROCESSES OF POLITICIZATION AND REBELLION

Pablo Pozzi*

Resumen: ¿Cómo investigar por qué se politizan los trabajadores? En general la historiografía ha considerado que la politización es el resultado de influencias externas. Lo que aquí se sugiere es invertir nuestra mirada de manera que, con una nueva perspectiva, nos podamos acercar al problema histórico desde un nuevo ángulo que cuestione nuestras premisas originales, plantee nuevos problemas y ofrezca enriquecer las respuestas. El problema es que el proceso de politización de un individuo, y de colectivos sociales, es sumamente complejo y dialéctico, y por ende difícil de aprehender. El método inductivo, y la historia “desde abajo”, ofrecen nuevas posibilidades explicativas en el caso de estudiar los procesos de politización que subyacen al tema de cuándo y por qué se rebelan los seres humanos.

Palabras-clave: metodología, politización, trabajadores, rebelión.

* Titular Regular de la Cátedra de Historia de los EUA en la Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires, Argentina. E-mail ppozzi@ciudad.com.ar

Abstract: How to research how a worker becomes politicized? As a whole historians have considered politicization as a result of external influences. What this article suggests is to change our perspective so that we can deal with new problems and generate more complex answers. The main problem is that a politicization process is highly complex, dialectical, and hard to grasp. The inductivemethod, and history “from the bottom up”, offer new possibilities in understanding why and when do human being rebel.

Keywords: methodology, labor, politicization, rebellion.

Hace ya medio siglo que la sociología y la antropología norteamericanas se preocupaban por el tema de cuándo y por qué se rebelan los seres humanos¹. No era una inquietud nueva, la historiografía había intentado encarar este tema a partir de los estudios de la revolución francesa y de la revolución rusa. En realidad el problema, si bien se presentaba como el de la “rebelión”, era el de la participación de la persona común en el quehacer político. Este había sido entendido como un atributo de las elites cuya “obligación” era el ejercicio del gobierno. Los procesos, por los cuales la “gente común” fue considerada como externa al “quehacer” político, fueron aceptados como algo normal. El campesino y el obrero no estaban “politizados”, o sea no participaban del quehacer político, a partir de su vida cotidiana, y cuando lo fueron eran considerados como una subversión del orden establecido, o sea como una revuelta.

Por supuesto esta perspectiva no surge con el siglo XX y menos aun con los estudios de las revoluciones. Por ejemplo, Aristóteles planteó que: “Puesto que queremos estudiar de dónde nacen las discordias y trastornos políticos, examinemos ante todo en general su origen y sus causas. [...] Ya hemos dicho lo que predispone en general los espíritus a una revolución; y esta causa es la principal de todas. [...] Su propósito, cuando se insurreccionan, es alcanzar fortuna y honores, o también evitar la oscuridad y la miseria; porque con frecuencia la revolución no ha tenido otro objeto que el librar algunos ciudadanos o a sus amigos de alguna mancha infamante o del pago de una multa.”² Esta es una visión profundamente conservadora, ya que las causas de la “politización” tienen que ver con la ambición y el egoísmo. Pero, su importancia es que establece que la participación en política tiene intereses y objetivos cuestionables que pueden derivar en un desafío al orden establecido, considerado como algo armónico y deseable.

Siglos más tarde, Alexis De Tocqueville, tratando de explicar porqué el pueblo había realizado la Revolución francesa, retomó esta temática pero desde una perspectiva distinta. En su estudio sobre el Antiguo Régimen planteó que “[...] el campesino francés era muy independiente y había desarrollado un saludable orgullo y mucho sentido común [...] tenían un deseo de vivir no sólo en igualdad sino como hombres libres. [...] Los libros les suministraron

las teorías, que ahora llevaron a la práctica, ajustando las ideas de los autores a su deseo de venganza [...] Hacia mediados del siglo XVIII los hombres de letras tomaron el liderazgo político y de las consecuencias de este nuevo desarrollo”.³ Este modelo explicativo es tan complejo como el de Aristóteles: la insatisfacción es individual que se convierte en acción a partir de estímulos externos; o sea, no son los campesinos sino los ‘hombres de letras’ los que ‘suministran’ las teorías y ‘toman el liderazgo’. Si bien los campesinos tienen intereses reales, por sí mismos son incapaces de ponerse en acción sin que la elite los movilice y dirija. Carlo Ginzburg criticó este modelo interpretativo acerbamente: “Explicar estas analogías mediante la simple difusión de arriba abajo, significa aceptar sin más la tesis, insostenible, según la cual las ideas nacen exclusivamente en el seno de las clases dominantes”.⁴ Para Ginzburg esto significaba no solo remover a los sectores populares del protagonismo histórico que con su accionar se habían ganado, sino también esto implicaba un problema metodológico puesto que ignoraba “las profundas raíces populares de la utopía”.⁵ “En pocas palabras: los campesinos franceses de finales del siglo XVIII no asaltaron los castillos de la nobleza porque hubieran leído L’ange conducteur, sino porque ‘las nuevas ideas más o menos implícitas en las noticias que llegaban de París’ confluyeron con ‘intereses y [...] antiguos rencores’.”⁶

Más complejo y mucho más influyente, pero planteando esencialmente lo mismo que De Tocqueville, se encuentra la famosa frase del Qué Hacer de Nicolai Lenin: “Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta podía ser introducida sólo desde fuera⁷ [...] Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso mismo de su movimiento [...]”. Esto se ve matizado por la nota al pie que aclara: “Esto no quiere decir, naturalmente, que los obreros no participen en esa elaboración. Pero no participan como obreros, sino como teóricos del socialismo”.⁸ Una vez más, los protagonistas de la rebelión se politizan por influencias externas. Estas, a su vez, se articulan con condiciones reales de existencia para “revelarlas” o generar conciencia de las mismas.

En todos los casos vemos que el eje es la politización como producto de influencias externas, ya sea para librarse “del pago de una multa” o los libros que contribuyeron a las teorías para los deseos de venganza. Ambas percepciones subyacen a obras como la del sociólogo norteamericano David Schwartz donde insiste que las “revoluciones, como todos los fenómenos políticos, se originan en la mente de los hombres [...] comienza con un intento de retirarse de la política de los individuos y especialmente de los intelectuales [...] esta retirada ayuda a explicar la disposición de la persona para un comportamiento revolucionario ... [Es el resultado de] un proceso psicológico de alienación que genera crisis sociopsicológicas...”⁹ Aquí el

aspecto más interesante, en una modernización del esquema de Aristóteles, es que el proceso de politización, y por supuesto el compromiso revolucionario, es considerado como una desviación psicopática del comportamiento normal de un ser humano. En esta visión, las grandes masas populares son irracionales y esencialmente vengativas. En los planteos anteriores los intereses juegan un papel importante (al decir de Aristóteles “alcanzar fortuna”). Si bien el planteo de Lenin implica que la “rebelión” popular es esencialmente justa, en todos los casos la política y el impulso revolucionario llegan desde lo externo a la condición humana, ya sea desde la mente o desde lo teórico (que pueden ser la misma cosa). En realidad, como bien señaló EP Thompson: “Solemnes historiadores y científicos sociales nos aseguran que los campesinos chinos y los marineros rusos nunca se hubieran rebelado si los intelectuales no hubieran sembrado la semilla de la inadaptación en un terreno desfavorecido y pobre.”¹⁰

Todo lo anterior tiene su efecto sobre los estudios políticos, y en particular sobre aquellos que lidian con la izquierda como principal protagonista de las rebeliones populares, particularmente cuando se constata en distintos períodos históricos que ésta tenía una fuerte articulación con los movimientos de masas. En un interesante libro el historiador Hernán Camarero se pregunta “¿cómo y por qué el comunismo se insertó en la clase obrera” argentina?” Su respuesta es doble: por un lado plantea que el partido adoptó la proletarización y la bolchevización. Por otro, señala que “las tareas de movilización y organización de los obreros en los nuevos espacios de vida industrial se presentaban [...] plagadas de dificultades [...] para abrirse paso a través de estos obstáculos, se requerían cualidades políticas que sólo el PC estaba en posibilidad de exhibir.”¹¹ Su respuesta es interesante ya que se basa en la confluencia de una propuesta política con una coyuntura determinada, o sea necesidades concretas con soluciones acordes. A su vez, esto presupone que la “bolchevización” era, efectivamente, la única respuesta posible a las dificultades que tenía el proletariado argentino en la década de 1920. ¿Cómo lo sabemos? Porque el comunismo creció entre los trabajadores. Sin embargo, aquí existe un problema serio. Durante esa década no fueron sólo los comunistas que aumentaron sus adherentes entre los trabajadores: socialistas, radicales y sindicalistas revolucionarios vieron sus filas incrementadas. Sin embargo, ninguno de estos se había “bolchevizado”. Por otra parte, si bien esa era la propuesta política, en realidad no sabemos qué entendían los trabajadores comunistas por “bolchevización” o qué creían ver en los planteos de los comunistas. Por supuesto, esto no implica que no hubieran adherido por razones de clase, o sea “de conciencia” y de estructuras de sentimiento. Lo que si debemos considerar es que detrás del planteo de este autor hay una doble suposición. La primera es que la “línea correcta” genera los resultados correctos. La segunda es que la adhesión a la

izquierda marxista es un resultado de un proceso de politización producido por un crecimiento en la conciencia de clase. En ambos casos para comprobar esto se trata simplemente de constatar la cantidad de obreros adherentes a tal o cual partido marxista, si marxistas dirigen o no sindicatos u otras organizaciones de masas, o la capacidad de movilización que tiene la organización. Por el contrario, la no adhesión de obreros a la organización marxista, o la membresía en un partido populista o liberal presupone niveles de despolitización, engaño, clientelismo, o baja conciencia. Esto, a su vez, encierra un problema metodológico: un complejo proceso social es reducido a una relación mecánica y constatado por un razonamiento tautológico. Si el partido es “de clase”, entonces su adhesión implica conciencia, y sabemos que los adherentes son “conscientes” porque adhieren al partido. Subyacente a todo esto es la visión por la cual el partido político es algo externo a los sectores sociales a los que se dirige, y de ninguna forma es un emergente de la experiencia de éstos ni tampoco se desarrolla en su seno. Al decir de E.P. Thompson: “El reduccionismo es un lapso en la lógica histórica por el cual los eventos políticos o culturales son ‘explicados’ en términos de la pertenencia de clase de los actores. El problema es encontrar un modelo que explique el proceso social que permita la autonomía de la conciencia social en el contexto por el cual, en última instancia, sea determinado por el ser social”.¹² Evidentemente, un afiliado al Partido Comunista puede o no ser un obrero ejemplar, al igual que un obrero peronista. Parte del problema es cómo articular al individuo con el grupo social, o sea con la clase, a que pertenece. De hecho, existen numerosos ejemplos que hacen difícil la generalización a partir de ejemplos superestructurales u orgánicos.

El problema no es teórico si no que es práctico y metodológico, de otra forma “la concepción materialista de la historia... tiene hoy en día muchos amigos para los que sirve como excusa para no estudiar la historia”.¹³ Lo que estamos sugiriendo aquí es invertir los términos de nuestra observación y análisis, sin desechar nuestra teoría general o en este caso el materialismo histórico. Al decir de Engels: “Nuestra concepción de la historia es sobre todo una guía para el estudio y no una palanca de construcción como sugieren los hegelianos...”¹⁴

Al mismo tiempo estamos planteando que, metodológicamente, el método deductivo tiene escaso poder explicativo de los procesos sociales y tiende, por el contrario, a conclusiones tautológicas basadas en postulados con escasa prueba empírica. La alternativa podría ser la aplicación del método inductivo, o sea el obtener conclusiones generales a partir de premisas que contienen datos particulares o individuales. Por ejemplo, a partir de la observación repetida de objetos o eventos de la misma índole se establece una conclusión general para todos los objetos o eventos de dicha naturaleza. Lo fundamental, entonces, sería no tanto constatar el crecimiento numérico de los

comunistas, sino el por qué distintos individuos adhirieron a esa perspectiva. Asimismo, si constatamos el crecimiento de otras tendencias, sean estas socialistas, radicales o católicas, entonces lo que sugiere es efectivamente un desarrollo en la politización obrera y, posiblemente, un crecimiento en la conciencia de clase que no necesariamente discurre por canales marxistas. Debería quedar claro que una cantidad de casos individuales no permitirían derivar certezas, sino observar subjetividades constantes que permitan plantear que el grado de probabilidad de las conclusiones sea alto. La inducción, por ende, debe alterar nuestras premisas, nuestras preguntas, y la perspectiva de la observación. Así, debemos situar nuestro análisis a nivel de lo individual, y a partir de ahí determinar conclusiones en base a lo probable.

Esto también implica que, en el ejemplo de crecimiento de los comunistas argentinos entre los trabajadores durante la década de 1920, quizás tendríamos que modificar la pregunta original: no sólo por qué algunos optan por una opción revolucionaria, o sea por qué un ser humano se rebela, sino por qué, a pesar de las constantes de la opresión, no lo hace; o por qué, en un contexto donde la violencia es parte permanente de la dominación, los trabajadores tienden a ejercerla colectivamente pocas veces. En síntesis, el problema es porqué los rebeldes tienden a ser excepción y no regla. Como señaló Raymond Williams: “es obvio que las modalidades del inconformismo son al menos tan variadas como las modalidades del conformismo”.¹⁵ La politización “rebelde” puede, indudablemente, canalizarse por vías disímiles y aparentemente contradictorias. Asimismo, habría que preguntarse no tanto si la “línea es correcta” sino por qué esta parece serlo en un momento determinado y no en otro; o por qué de dos propuestas, escasamente diferentes, en un mismo momento prospera una sola y no la otra; ni hablar de porqué en un momento histórico determinado todas las propuestas parecen tener éxito, por distintas que sean. En el caso argentino, entre 1920 y 1940 el Partido Comunista tuvo un crecimiento notable; sin embargo, grupos que también se “bolchevizaron”, como trotskistas, “chispistas”, penelonistas, no tuvieron el mismo éxito. A su vez sectores de izquierda anti leninistas, como los socialistas, no cesaron de crecer. Este crecimiento se vio frustrado a partir del peronismo, en 1946, lo cual genera numerosas preguntas sobre el relativo éxito de la bolchevización anterior. Pero hacia 1975 el mismo partido Comunista, en ese momento escasamente leninista, había crecido hasta tener 200 mil afiliados, o sea un uno por ciento de la población argentina de la época. En realidad más allá de los vericuetos de sus propuestas políticas, los comunistas nunca dejaron de tener una importante adhesión entre la clase obrera argentina. Dado que esto fue una constante, y que siempre hubo una importante minoría de trabajadores argentinos activistas o militantes políticos la pregunta debería ser qué veían los obreros politizados, tanto los que adherían a ese partido como los que adherían a otros, en las propuestas del Partido Comunista. A su vez, siempre

existe la posibilidad de que la adhesión a una organización tenga menos que ver con la propuesta política y más con la calidad humana de sus militantes. Por ejemplo, Mariana Mastrángelo cita a una de las protagonistas de la huelga de 1929 en San Francisco de Córdoba: Leticia Castelli recordó al dirigente comunista José Manzanelli como “una buena persona que nos ayudaba a organizarnos”, y no como un marxista.¹⁶ El cambiar el eje de nuestra mirada sugiere que la politización se encuentra fuertemente anclada en un sentido común clasista donde la calidad humana del militante y la propuesta política (organizativa) se articulan en una compleja relación.

Lo que aquí se sugiere es invertir nuestra mirada de manera que, con una nueva perspectiva, nos podamos acercar al problema histórico desde un nuevo ángulo que cuestione nuestras premisas originales, plantee nuevos problemas y ofrezca enriquecer las respuestas. Por ejemplo, más allá de suponer que si un partido tiene adherentes esto se debe a que su propuesta es acertada, deberíamos investigar qué entendieron los adherentes por lo que planteaba un determinado discurso político. ¿En qué medida entendían lo que se les proponía o hasta dónde sentían que esta propuesta expresaba sus necesidades? La idea es que debemos desplazar el eje de nuestra mirada desde la organización hacia los seres humanos, para ver si a partir de comprender historias individuales comunes podemos llegar a percibir las similitudes, a los constantes, que hacen al comportamiento colectivo. Esto podría permitir considerar los procesos de politización, individuales y colectivos, no tanto como producto de algunos factores determinantes de una decisión racional sino más bien como parte de una estructura de sentimiento anclada en el sentido común de los distintos sectores sociales en un momento histórica y socialmente determinado. Es posible de esta manera acercarse a explicar cuestiones que hasta ahora nos han escapado. Por ejemplo, el hecho de que oleadas de rebeldía son seguidas por una aparente quietud, sin mediar las derrotas históricas asociadas a grandes represiones. El ubicar nuestra mirada “desde abajo” nos permite comprender que pocos seres humanos, aun aquellos con un alto grado de politización, deseen una vida de las constantes zozobras asociadas con las luchas políticas: no son distintos individuos, son los mismos que atesoran una experiencia concreta en la subjetividad individual que también es la experiencia colectiva.

El problema central es intentar explicar el complejo proceso por el cual la realidad material de la vida humana se traduce en experiencias que a su vez son los prismas a través de los cuales un ser humano considera el mundo que lo rodea para luego explicarlo en estructuras que conforman una cultura determinada. Esta cultura no es algo explícito ni percibido sino que toma la forma de un “sentido común”, o sea “las cosas siempre las hicimos así”. Cuando realidad, experiencia y cultura son explicadas a través de conceptos racionales, tenemos una ideología o sea una visión de mundo. Y

cuando se visualizan los nexos entre lo anterior y el accionar de otros seres humanos podríamos decir que se es “conciente”. Esto nunca es un proceso lineal sino que está en constante cambio y evolución, mientras se manifiesta en criterios comúnmente aceptados que podríamos denominar una “cultural social subterránea”. Esto es lo que expresa, quizá sin saberlo, el siguiente testimonio:

Pregunta: ¿Cómo surgen los activistas?

Pete: El tema de tomarse un vinito a escondidas, pelar una petaca de ginebra cuando hace frío, es un tema obligado para charlar. Se van conociendo. ¿Sabés cómo se conocen? Fulano es un tipo que va al frente. Fulano es un tipo que sabe, dice otro. Fulano es un tipo que es muy capaz en el laburo, y tiene muy buena parla¹⁷. Fulano sabe lo que vale su trabajo. Pero a su vez lo transmite, y así enseña lo que vale el trabajo de todos. La gente se va conociendo así, va reconociendo determinada gente. Aunque nadie diga si fue o no dirigente gremial, y la gente no comparta su historia personal o política. Y cuando se dan los problemas (económicos, accidentes) necesariamente o salen o la gente misma los saca a relucir. Che, ¿qué hacemos?, les preguntan. Surgen formas organizativas.¹⁸

Claramente, el testimonio anterior denota una visión espontaneísta del proceso de politización. Pero, al mismo tiempo, también refleja una realidad sociocultural, por lo menos en la experiencia de este obrero de construcción. Ratificando la visión del testimoniante, al apuntar que “ningún ser humano se plantea una tarea que no pueda resolver”¹⁹, Marx ubicaba firmemente el proceso de politización en el plano de las condiciones humanas de los grupos sociales, o sea “de abajo hacia arriba”, en un proceso dialéctico de movimiento de la sociedad. Asimismo, históricamente, Rosa Luxemburgo señaló esto cuando escribió que “el movimiento inconsciente tiende a preceder al movimiento consciente”. Y agregó: “Este despertar de la conciencia de clase se manifiesta de inmediato, una masa [...] de proletarios descubre con una agudeza insoportable, el carácter intolerable de su existencia social y económica, a la que estaba sometida desde hacía decenios bajo el yugo del capitalismo.”²⁰ El resultado, de acuerdo a Luxemburgo, no sólo es el surgimiento de nuevas formas de organización, incluyendo a sectores previamente no organizados, sino también la confrontación políticamente autoconsciente de los trabajadores con el Estado y el capital, ubicando al socialismo una vez más en el orden del día. Así, la relación entre teoría y práctica es algo sumamente complejo, pero parte de la realidad de la existencia hacia su expresión política e ideológica. Es por eso que Rosa Luxemburgo planteó que la agitación y propaganda política no pueden suplir jamás la experiencia práctica concreta de la clase, aunque

bien puede contribuir a ella en la medida en que sintetiza esta experiencia y la puede hacer comprensible.²¹ Lejos del espontaneísmo, la realidad material y la propuesta política se articulan en un proceso dialéctico que generan la politización “rebelde” del individuo.

El testimonio anterior podría ser un caso excepcional, excepto por dos cosas. La primera es que el testimoniante fue un cuadro obrero del Partido Comunista. Que no mencione la labor de su partido como algo central, es notable y realza la posibilidad de que sea un testimonio de “experiencia clasista” y una manifestación de una cultura subterránea. La segunda es que el proceso se repite en otros casos, por ejemplo en los cuatro fragmentos a continuación:

Pregunta: ¿Cómo es que llegaste al mundo de la política, del sindicalismo? Gregorio Flores: ¿En qué momento? ¿A partir de qué oficio? Bueno, yo entré a trabajar en el año 1959 en Fiat Concord, y en esa época yo era católico apostólico y romano y no me interesaba en absoluto ni el sindicalismo ni la política. Yo era totalmente apolítico. Cuando entré a la fábrica, lo primero que yo recuerdo es que una vuelta echaron a un compañero que tenía cuatro hijos. Y eso me chocó, me pareció tan perverso, cómo van a echar a un tipo con cuatro hijos, dónde mierda va ir a trabajar este hombre. Lo echaban porque al momento de salir se llevaba un calibre en el bolsillo, que seguramente se lo había dejado olvidado. Yo decía: “pero qué hijos de puta, como van a echar una persona por eso, y con cuatro chicos”. Lo que más me preocupaba, no sé por qué, era eso. Entonces, se fue a una huelga y la Comisión Interna llamó a formar un piquete para evitar que la gente entrara a trabajar. A mí me parecía que por compañerismo no tenía que ir a trabajar. Cuando llamaron yo me presenté para formar los grupos del piquete y empecé a ir a militar.²²

“Despedido a los 15 años me dediqué a agitar a los obreros. Para que no haya lío los patrones me recomiendan a un taller metalúrgico cuando terminé la escuela. Entro ahí por el tiempo de las vacaciones. En el cuarto año, un profesor [creo que se llamaba el Ingeniero Gómez] nos daba matemáticas: la clase era una hora de política peronista y una hora de matemáticas. Siempre empezaba con la historia del peronismo. Ahí me politizo unilateralmente puesto que el Ingeniero sólo hablaba de la grandeza de Perón.²³

“Fue entonces que, una semana antes del 25 de mayo de 1910, se declaró la huelga general. En casa se vivía esa conmoción, y yo, que tenía nueve años escuchaba los

comentarios de los mayores sobre la ferocidad policial, los obreros muertos y las mujeres apaleadas, y me indignaba hasta sentir que las lágrimas me subían a los ojos [...] Después de cumplir 18 años me fui de casa, atraído por las luchas obreras, por las ideas del anarquismo y por ese espíritu de aventura que por suerte campea en la juventud.”²⁴

“Yo iba a las asambleas desde los 12, 13 años, mi viejo ya participaba dentro de las asambleas, me llevaba, todos los viernes era para nosotros una cosa de que “estaba la asamblea” y había que ir, después ellos iban, se tomaban sus vinos, cosa, pero era una cosa ya de la familia, que ya sabíamos que el viernes había o asamblea, o cuerpo de delegados, o que había actividad dentro del gremio,... o sea ya consciente uno de lo que era, porque era un lugar de trabajo muy politizado, donde se analizaba desde los orígenes nuestros desde... ya de nuestros padres. Porque mi padre por ejemplo nunca dio el salto, dejó de ser peronista y pasó a una actitud más revolú...”²⁵

Los cuatro extractos de testimonios citados más arriba son reveladores de lo que estamos planteando. Por un lado, todos fueron destacados militantes obreros de diversas corrientes ideológicas. Por otro, todos enfatizan su politización más como un proceso de experiencia clasista que como resultado de una propuesta de una captación externa. Por supuesto que ellos lo presenten así no quiere decir que esto sea linealmente cierto. Flores, por ejemplo, más tarde en su testimonio señala la labor de militantes del Partido Comunista; Leiva recuerda a su profesor de matemáticas; Varone hace referencia a los anarquistas que visitaban su hogar; Sosa vincula su proceso a obreros militantes del PRT-ERP. Pero lo interesante es desde dónde comienzan a presentar su proceso de politización, y cómo lo desarrollan. De hecho parecerían ratificar la visión de Rosa Luxemburgo por la cual “la batalla general y encarnizada del asalariado contra el capital ha contribuido a la vez a la diferenciación de las diversas capas populares y a la de las capas burguesas, a la formación de una conciencia de clase tanto en el proletariado como en la burguesía liberal y conservadora”.²⁶

El problema es que el proceso de politización de un individuo, y de colectivos sociales, es sumamente complejo y dialéctico, y por ende difícil de aprehender. Sin embargo, de lo que se trata no es de simplificar, sino más bien lo que señaló E.P. Thompson: “La interrelación dialéctica entre el ser social y la conciencia social —o entre ‘cultura’ y ‘no cultura’— está en el centro de toda comprensión del proceso histórico en la tradición marxista”.²⁷ Una gran parte del problema de esta perspectiva es ¿hasta dónde los testimonios de cinco o seis obreros son representativos del conjunto de la clase? ¿Hasta

dónde pueden algunos individuos representar a un conjunto social? Si bien esto debería ser un planteo para cualquier analista social, al fin y al cabo toda interpretación se basa en una colección de datos parciales, esto es aun más complicado para el método inductivo. ¿Si encontramos similitudes o patrones en nuestras fuentes, esto implica la existencia de un fenómeno general? ¿Y si así fuera, cuál es este fenómeno? El principal peligro es que encontremos lo que deseamos, y no lo que realmente existe. Como en todo proceso interpretativo, el analista toma sus recaudos y la calidad de la investigación es lo que avala las conclusiones. “El historiador, por lo tanto, a través de un minucioso esfuerzo de decodificación y de contextualización de documentos puede llegar a descubrir ‘la dimensión social del pensamiento’.”²⁸

El punto es que, como señaló Ginzburg: “El motor de la pesquisa [...] no es la contraposición entre lo ‘verdadero’ y lo ‘inventado’ sino la integración puntualmente señalada en toda ocasión, de ‘realidades’ y ‘posibilidades’.”²⁹ El método inductivo, y la historia “desde abajo”, ofrecen nuevas posibilidades explicativas en el caso de estudiar los procesos de politización que subyacen al tema de cuándo y por qué se rebelan los seres humanos.

NOTAS

1 Véase, en particular y como ejemplo, DAVIES, James Chowning (ed.). *When Men Revolt and Why. A Reader in Political Violence and Revolution*. New York: The Free Press, 1971.

2 AZCÁRATE, Patricio de. *Obras de Aristóteles. Aristóteles. Política · libro octavo, capítulo II. Causas diversas de las revoluciones Madrid 1873*, tomo 3, páginas 246-250

3 TOCQUEVILLE, Alexis De. *The Old Regime and the French Revolution*. Parte III, Cap. 1. Trans. Stuart Gilbert. New York: Anchor edition, 1955, pgs. 174-177; 207-209.

4 GINZBURG, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Ediciones Península, 2011, p. 215.

5 *Ibid.*, p.163.

6 *Ibid.*, p.23.

7 LENIN, Vladimir Illich. *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2004 (orig. 1902); pg. 127.

8 *Ibid.*, 137.

9 SCHWARTZ, David. *A Theory of Revolutionary Behavior*. New York: The Free Press, 1970; 335-338.

10 THOMPSON, E.P. “Outside the whale”. In *The Poverty of Theory and Other Essays*. New York: Monthly Review Press Classics, 2008; 234.

11 CAMARERO, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007: págs. LIV y LV.

12 THOMPSON, E. P. *Poverty of Theory and other Essays*. New York: Monthly Review Press, 1978, p. 290, 291.

- 13 THOMPSON, E.P.. The Peculiarities of the English. Socialist Register, No. 2, 1965.
- 14 Marx-Engels Correspondence 1890. Engels to Conrad Schmidt In Berlin London, August 5, 1890. https://www.marxists.org/archive/marx/works/1890/letters/90_08_05.htm
- 15 WILLIAMS, Raymond. La larga revolución. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 2003 (orig. 1961), p. 93.
- 16 MASTRÁNGELO, Mariana. Rojos en la Córdoba obrera, 1939-1943. Buenos Aires: Editorial Imago Mundi, 2011, p. 229.
- 17 Parla: argentinismo para “hablar”, proviene del italiano “parlare”.
- 18 Entrevista con Pete, obrero cañista de la construcción, de la sección mantenimiento de la fábrica Shell. Entrevistado por Pablo Pozzi, el 3 de mayo de 1987 en la casa del entrevistado en Monte Chingolo, Provincia de Buenos Aires.
- 19 “Therefore, mankind always sets itself only such tasks as it can solve; since, looking at the matter more closely, we will always find that the task itself arises only when the material conditions necessary for its solution already exist or are at least in the process of formation.” Preface to A Contribution to the Critique of Political Economy (1859). Quoted in: Lewis Feuer, ed. Marx and Engels. Basic Writings and Philosophy. New York: Anchor Books, 1959, p. 44.
- 20 LUXEMBURGO, Rosa. Huelga de masas, partido y sindicatos. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente 13, 1970, pág. 58.
- 21 LUXEMBURGO, op. cit., 59.
- 22 SARTELLI, Eduardo Sartelli y CAMERA, Pablo. “Del cristianismo al trotskismo. Una entrevista con Gregorio Flores, a propósito del Cordobazo y el PRT – ERP”, en revista Razón y Revolución nº 8, primavera de 2001, reedición electrónica. Flores fue delegado de SITRAC, nacionalista y católico de joven pasó a militar en la guerrilla guevarista del PRT-ERP para ingresar años más tarde en el trotskismo del Partido Obrero y ser su candidato a presidente de la Nación.
- 23 Entrevista con Mario Leiva, obrero automotriz de la fábrica Transax de Córdoba y militante del Peronismo de Base. Entrevistado por Pablo Pozzi en Buenos Aires, el 28 de febrero de 1994.
- 24 VARONE, Domingo. La memoria obrera. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1989; p. 15 y 18. Varone militó en el anarquismo hasta que, con la llegada del peronismo, se afilió al Partido Comunista.
- 25 Entrevista con Carlos Sosa, activista de Luz y Fuerza de Córdoba. Entrevistado por Pablo Pozzi en Córdoba 31 de mayo de 1999.
- 26 LUXEMBURGO, op. cit., p.60.
- 27 THOMPSON, E. P.. Poverty of Theory and other Essays. New York: Monthly Review Press, 1978, 281, 289.
- 28 Sidney Chaloub. Visões da Liberdade. São Paulo: Companhia Das Letras, 2009; p. 16.
- 29 GINZBURG, Carlos. El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010; p. 439.

Artigo recebido em abril de 2015. Aceito em junho de 2015.